



EL LEVE PEDRO

Enrique Anderson Imbert

EL LEVE PEDRO

Enrique Anderson Imbert

Durante dos meses se asomó a la muerte.

El médico murmuraba que la enfermedad de Pedro era nueva, que no había modo de tratarla y que él no sabía qué hacer... Por suerte el enfermo, solito, se fue curando. No había perdido su buen humor, su oronda calma provinciana. Demasiado flaco y eso era todo. Pero al levantarse después de varias semanas de convalecencia se sintió sin peso.

–Oye –dijo a su mujer– me siento bien, pero no te puedes imaginar cuán ausente me parece el cuerpo. Estoy como si mis envolturas fueran a desprenderse dejándome el alma desnuda.

–Languideces –le respondió su mujer.

–Tal vez.

Siguió recobrándose. Ya paseaba por el caserón, atendía el hambre de las gallinas y de los cerdos, dio una mano de pintura verde a la pajarera bulliciosa y aun se animó a hachar la leña y llevarla en carretilla hasta el galpón. Pero según pasaban los días las carnes de Pedro perdían densidad. Algo muy raro le iba minando, socavando, vaciando el cuerpo. Se sentía con una ingravidez portentosa. Era la ingravidez de la chispa y de la burbuja, del globo y de la pelota. Le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, coger de un brinco la manzana alta.

–Te has mejorado tanto –observaba su mujer– que pareces un chiquillo acróbata.



Duración
23'04''

Una mañana Pedro se asustó. Hasta entonces su agilidad le había preocupado, pero todo ocurría como Dios manda. Era extraordinario que, sin proponérselo, convirtiera la marcha de los humanos en una triunfal carrera en volandas sobre la quinta. Era extraordinario pero no milagroso. Lo milagroso apareció esa mañana.

Muy temprano fue al potrero. Caminaba con pasos contenidos porque ya sabía que en cuanto taconeara iría dando botes por el corral. Arremangó la camisa, acomodó un tronco, tomó el hacha y asestó el primer golpe. Entonces, rechazado por el impulso de su propio hachazo, Pedro levantó vuelo.

Prendido todavía del hacha, quedó un instante en suspensión, levitando allá, a la altura de los techos; y luego bajó lentamente, bajó como un tenue vilano de cardo.

Acudió su mujer cuando Pedro ya había descendido y, con una palidez de muerte, temblaba agarrado a un rollizo tronco.

–¡Hebe! ¡Casi me caigo al cielo!

–Tonterías. No puedes caerte al cielo. Nadie se cae al cielo. ¿Qué te ha pasado?

Pedro explicó la cosa a su mujer y ésta, sin asombro, le convino:

–Te sucede por hacerte el acróbata. Ya te lo he prevenido. El día menos pensado te desnucará en una de tus piruetas.

–¡No, no! –insistió Pedro–. Ahora es diferente. Me resbalé. El cielo es un precipicio, Hebe.

Pedro soltó el tronco que lo anclaba pero se asió fuertemente a su mujer. Así abrazados volvieron a la casa.

–¡Hombre! –le dijo Hebe, que sentía el cuerpo de su marido pegado al suyo como el de un animal extrañamente joven y salvaje, con ansias de huir–. ¡Hombre, déjate de hacer fuerza, que me arrastras! Das unas zancadas como si quisieras echarte a volar.

–¿Has visto, has visto? Algo horrible me está amenazando, Hebe. Un esguince, y ya comienza la ascensión.

Esa tarde, Pedro, que estaba apoltronado en el patio leyendo las historietas del periódico, se rió convulsivamente. Y con la propulsión de ese motor alegre fue elevándose como un ludión, como un buzo que se quitara las suelas. La risa se trocó en terror y Hebe acudió otra vez a las voces de su marido. Alcanzó a agarrarle los pantalones y lo atrajo a la tierra. Ya no había duda. Hebe le llenó los bolsillos con grandes tuercas, caños de plomo y piedras; y estos pesos por el momento dieron a su cuerpo la solidez necesaria para tranquear por la galería y empinarse por la escalera de su cuarto. Lo difícil fue

desvestirlo. Cuando Hebe le quitó los hierros y el plomo, Pedro, fluctuante sobre las sábanas, se entrelazó con los barrotes de la cama y le advirtió:

–¡Cuidado, Hebe! Vamos a hacerlo despacio porque no quiero dormir en el techo.

–Mañana mismo llamaremos al médico.

–Si consigo estar quieto no me ocurrirá nada. Solamente cuando me agito me hago aeronauta.

Con mil precauciones pudo acostarse y se sintió seguro.

–¿Tienes ganas de subir?

–No. Estoy bien.

Se dieron las buenas noches y Hebe apagó la luz.

Al otro día cuando Hebe despegó los ojos vio a Pedro durmiendo como un bendito, con la cara pegada al techo.

Parecía un globo escapado de las manos de un niño.

–¡Pedro, Pedro! –gritó aterrorizada.

Al fin Pedro despertó, dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de saltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo. Pero el techo lo succionaba como succionaba el suelo a Hebe.

–Tendrás que atarme de una pierna y amarrarme al ropero hasta que llames al doctor y vea qué pasa.

Hebe buscó una cuerda y una escalera, ató un pie a su marido y se puso a tirar con todo el ánimo. El cuerpo adosado al techo se removió como un lento dirigible.

Aterrizaba.

En eso se coló por la puerta un correntón de aire que ladeó la leve corporeidad de Pedro y, como a una pluma, la sopló por la ventana abierta. Ocurrió en un segundo. Hebe lanzó un grito y la cuerda se le escapó de las manos. Cuando corrió a la ventana ya su marido, desvanecido, subía por el aire inocente de la mañana, subía en suave contoneo como un globo de color fugitivo en un día de fiesta, perdido para siempre, en viaje al infinito. Se hizo un punto y luego nada. ■

EL LEVE PEDRO

Enrique Anderson Imbert

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Una extraña enfermedad pone a Pedro al borde de la muerte. Sobrevive pero no tiene cura. Ha quedado ingrávigo, tan liviano que llega a dormir contra el techo de la habitación como si fuera el mismo suelo. *¡Casi me caigo al cielo!* gritó una vez sin perder su humor. Un día, como un juguete de los vientos, libre y festivo, Pedro vuela por la ventana hasta ser un puntito en el infinito.

Sed de aventuras que nos anima de pronto a sacarnos de encima el pesado globo terráqueo en el que somos un átomo más.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

A Pedro se le declara un día una rara enfermedad por la que casi muere. Se salva pero pierde todo su peso. Tan liviano queda que ya no puede apoyarse sobre el suelo, o mantenerse acostado. Ni las piedras y tuercas en los bolsillos, ni las cuerdas que lo aferran a la cama impiden que se eleve y suba como un globo de gas.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Enrique Anderson Imbert, escritor, crítico literario y docente, nació en Córdoba, Argentina, en 1910, en el seno de una familia de irlandeses y criollos. Sus padres fueron José Enrique Anderson y Honorina Imbert, maestra pionera de un barrio obrero de Rosario. A los 16 años ya publicaba en diarios locales sus primeros cuentos y ensayos. A los 18 años

se estableció en Buenos Aires, escribiendo en las revistas *Nosotros* y *Claridad*, entre otras. Dirigió la sección literaria del periódico socialista *La Vanguardia* (1931-1939). Durante toda su vida reivindicó su adhesión al socialismo. Se doctoró en Letras en 1945. Hizo su carrera universitaria en una época de grandes maestros. En La Plata integró el grupo intelectual encabezado por Alejandro Korn (su profesor de Filosofía) y Pedro Henríquez Ureña (su profesor de Filología). Enseñó en la Universidad Nacional de Cuyo y la de Tucumán. Recibió la beca Guggenheim y en 1947, en pleno peronismo deja el país hacia los Estados Unidos donde residió hasta su jubilación, en 1980. Enseñó en las más prestigiosas universidades, como la de Harvard que creó para él la primera cátedra de Literatura Hispanoamericana. Fruto de sus lecciones e investigaciones fue su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954).

En su narrativa se destacan *Vigilia* (novela, 1934), *El mentir de las estrellas* (1940), *Las pruebas del caos* (1946), *Fuga* (novela, 1953), *El grimorio* (1961), *El gato de Cheshire* (1965), *La locura juega al ajedrez* (1971), *La botella de Klein* (1975), *El anillo de Mozart* (1990), *¡Y pensar que hace diez años!* (1994), *Consenso de dos* (2000). Algunas de las Antologías son *El leve Pedro* (1976), *Cuentos en miniatura* (1976), *En el telar del tiempo: Narraciones completas* (1982-1989), *El milagro y otros cuentos* (1985). Sus relatos rondan lo fantástico, la hondura filosófica, lo lúdico, el humor, la ironía; miniaturas narrativas, intuiciones imaginarias, ráfagas de conciencia, instantáneas, fugacidades de un mundo efímero y asombroso. De su producción ensayística podemos citar *La flecha en el aire* (1937), *Tres novelas de Payró con pícaros en tres miras* (1942), *Ibsen y su tiempo* (1946), *La crítica literaria contemporánea* (1967) *Genio y figura de Sarmiento* (1967), *La originalidad de Rubén Darío* (1967), *Una aventura amorosa de Sarmiento: Cartas de Ida Wickersham* (1969), *El realismo mágico y otros ensayos* (1976) y *El arte del cuento* (1978).

En 1936, fue secretario de la Sociedad Argentina de Escritores presidida por Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges.

Recibió, entre otras distinciones, el Premio Konex 1984. En 1994 fue candidato al Premio Cervantes, pero fue superado por Mario Vargas Llosa.

Falleció en Buenos Aires en el año 2000.



ENLACES

El fantasma

(Las pruebas del caos)

<http://www.bn.gov.ar/abanico/B13-03/pdf/Enrique%20Anderson%20Imbert%20-%20El%20fantasma.pdf>

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/26484>

(cuento leído por el autor en la Radio de la Universidad de la Plata en 1961)

El inventor de mundos posibles,

Pampa Olga Arán

http://archivo.lavoz.com.ar/2000/1220/nota5270_1.htm

<http://enriqueandersonimbert.blogspot.com.ar>

